



EL ORO
DE MARIAH QUINN

Jon Saunter

EL ORO
DE MARIAH QUINN



Primera edición: abril 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jon Saunter

ISBN: 978-84-10253-20-9

ISBN digital: 978-84-10253-21-6

Depósito legal: M-8532-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

¿Por qué es mi dolor perpetuo y mi herida
incurable, que rehúsa sanar? ¿Serás en
verdad para mí como corriente engañosa,
como aguas en las que no se puede confiar?

JEREMÍAS 15:18

Capítulo I: La desgracia de un pueblo

En el año 1883, veinticinco años después de la Metedura de Pata de Buchanan, a principios de julio, los habitantes de la meseta se levantaron una mañana abrasadora de verano para ser testigos de cómo el agua que recorría su localidad había desaparecido por completo. El cauce, hasta aquel momento incansable y generoso, recorría el valle cercano al Abajo Peak en las salvajes e inhóspitas tierras de Utah. Ante este suceso sin explicación, los más aptos decidieron actuar de inmediato y formaron equipos a galope para recorrer las colinas río arriba e investigar lo sucedido. Pero por más que peregrinaron las altas cumbres, la localidad seguía sin tener agua en el valle, no podían abrevar a sus animales y como consecuencia, se vieron obligados a realizar largos viajes a un río que se encontraba allende la meseta; viajes que llegaban a durar interminables horas. Desde hacía muchas generaciones, el pueblo siempre contó con la bondad de su río, y nunca vieron necesario cavar para buscar un pozo de agua. Por eso carecían de uno que les pudiera ofrecer algo de suspiro dada la sequía de supreciado cauce que tanto les afectaba aquel julio de los años ochenta. Simple y llanamente, las rocas de las que anteriormente brotaba el río ya no expulsaban el agua y, por consiguiente, los lugareños vieron necesario trasladarse en caravana para traer elpreciado líquido desde el otro lado de la meseta.

En tripas de animales, en jarrones artesanales, y haciendo uso de sus caballos y mulas, las gentes se las ingenieron para buscarse la vida como podían. En mitad de la meseta, estaban a merced del

astro solar y de la escasez de agua, por ello, debatieron cuál sería el río más apropiado al que cabalgar para traer el líquido hasta su localidad. En su situación, tenían dos opciones entre las que escoger. Por un lado, podían cruzar las montañas Abajo y poner rumbo noroeste hacia el río Colorado, o, por el contrario, atravesar la meseta en dirección sur hasta el río San Juan. La gran mayoría votó por la segunda opción, pues, aunque los dos ríos se encontraban a la misma distancia, el camino hasta las aguas del San Juan sería más recto y sus caballos no tendrían que tirar de los carros por empinadas elevaciones y valles abruptos.

Painted Meadow, que era como se llamaba su preciado pueblo, nació de manera oficial treinta años atrás de la sequía, en 1853, y pertenecía al estado de Utah. Por esos lares siempre vagaban colonos y otras almas buscando su destino que utilizaban el asentamiento como alto en el camino en su travesía hasta la California. Pero fue a partir del año 1848, al anexionarse Estados Unidos el territorio de Utah, cuando un gran número de mencionados colonos se instalaron de manera definitiva en aquella árida tierra sin miedo a los mexicanos. El pueblo de Painted Meadow se encontraba en las faldas de una sucesión de montañas cercanas a la meseta del Colorado que tenían por nombre las montañas Abajo, aunque los tramperos siempre se refirieron a ellas como las Blue Mountains. Era un pueblo fronterizo, pues le separaba unas veinte y pocas millas del estado de Colorado, con quien compartía aquella árida planicie. Por estar cerca de la frontera, les era más fácil comerciar con las gentes que se encontraban al otro lado de las tierras estériles y desérticas que les separaba, incluso con los viajeros que pasaban por esos lares. Su nombre tan singular era motivo de debate, pues ciertos habitantes estaban en desacuerdo al nombrar de aquella manera a su pueblo precoz. Aquel páramo alejado de la civilización era inerte y seco, y los colores que predominaban en el paisaje eran téticos, para nada verdes. Allí no había ninguna pradera llena de colores que pudiera sugerir un nombre semejante para su hogar.

Sin embargo, el *sberiff* Jeffrey Swanson puso mucho empeño en que el pueblo fuera llamado con dicho nombre desde que el ruido de sus espuelas se escuchara por primera vez en la localidad hace muchos años. A él le parecía apropiado, pues su abuelo, que no vivió allí, y siendo el *sberiff* el primero de su generación que se establece en el poblado, le contó hace mucho la historia sobre un lugar verde y fértil en Utah cercano a la frontera con Colorado, al que los indios paiutes denominaban «pradera pintada», es decir, Painted Meadow. Pero sea como fuere, el *sberiff* Swanson no iba a ceder ante la presión de algunos de los habitantes, pues tampoco eran todos, de cambiar el nombre por cualquier otro. A él le gustaba Painted Meadow, aunque la población sabía que aquel nombre era absurdo y no le hacía ninguna justicia.

La presencia del *sberiff* en el corazón de la meseta fue debido a la temporada activa y de bonanza que el pueblo disfrutó durante unos años cuando se sospechó que había ingentes cantidades de oro en aquella zona. Sin embargo, el periodo de aquella fiebre del oro había decrecido al demostrarse que allí el mineral dorado no era tan abundante como se sospechaba. Pero ante la presencia de tantos forasteros y a raíz de muchos líos que tuvieron lugar con el juego y las apuestas, las prostitutas y otros buscavidas, allá por el año 1853 el gobernador Brigham Young mandó a su alguacil para instaurar el orden del que carecía la población, pues suficientes noticias llegaban de esa localidad que no gustaban mucho en Salt Lake. Así fue que Jeffrey Swanson, mandado por el líder mormón convertido en primer gobernador de Utah, se estableció en aquel pueblo lleno de vida y vicio, trayendo también consigo a su primo y a la esposa de este a los pocos meses. Pero cuando llegó a aquella parte de la meseta para instaurar la ley, vio que las personas que habitaban aquel asentamiento no habían nombrado aún su hogar. Además, el *sberiff* puso tanto empeño en ello que acudió de regreso hasta al gobernador Young para llevar a cabo, y convencerle, de reconocer el asentamiento en el que vivían más de cien personas como ciudad perteneciente al estado de Utah, evidentemente, con el nombre de Painted Meadow.

El *sberiff* Swanson no podía explicarle al gobernador cómo es que aquel pueblo, con tanta gente y generaciones que allí vivieron y murieron, no tenían un nombre establecido. Y careciendo de nombre como carecían, el gobernador tampoco comprendía por qué algunos se oponían a otorgarle uno al asentamiento. Si no tenía un nombre, ¿por qué les importaba tanto ponérselo? Pero allí nadie lo necesitaba, pues se conformaban con llamar a la taberna «taberna», a la tienda «tienda», a la pequeña iglesia de madera «la iglesia del padre Elijah», y a la casa de los Gordon «la casa de los Gordon». Ni siquiera los comerciantes, tramperos, o vagabundos se referían al pueblo con un nombre concreto, tan solo se limitaban a mencionar a algún habitante con su apellido y la región en la que vivía, y con tan escasa información ya era suficiente para saber de quién estaban hablando. «¿Dónde podría vender esta piel de oso?». «Allá, por donde se pone el sol entre aquellas dos crestas que parecen besarse, en la cabaña de Lemuel y el viejo Bill».

Tras escuchar detenidamente la propuesta de su alguacil, el gobernador Young no puso objeciones, reconoció el estatus territorial de aquel poblado que pertenecía a su reciente Utah, y pronto apareció en los nuevos mapas. Con la aprobación del líder mormón, el *sberiff* Swanson no se tomaba en serio las quejas de aquellas personas cuando él mismo había colgado un cartel que decía Painted Meadow en la entrada del pueblo. Él pensó, y quizás con razón, de que a los habitantes les molestaba más su presencia en aquellas tierras que el nombre que se había inventado para la localidad. Su ley no agradaba a mucha gente, y como expresión de dicha animosidad hacia su figura, al cartel de Painted Meadow nunca le faltaba una boñiga que algún vecino tenía costumbre de tirar como única opción para mostrar desacuerdo.

Dada la sequía que padecía la localidad en el mes de julio del año 1883, todos se volcaron hacia el *sberiff* en busca de soluciones, y le presionaron de una manera casi violenta, quizás con la intención de hacerle ver de lo poco que servía su autoridad en casos

extremos. Al tercer día de la sequía, cuando ya estaban hartos de realizar largos viajes hasta el río San Juan para traer agua, la muchedumbre se reunió delante de la oficina del *sheriff* como si fueran a allanarla con la intención de dar muerte al que impone la ley, aunque de momento los ánimos estaban calmados:

—¡*Sheriff* Swanson! ¡*Sheriff* Swanson! ¡Salga para afuera, *sheriff*!
—le gritó uno de los vecinos de entre la muchedumbre.

Ante aquel tumulto de personas allí presente, todas con el semblante enfurecido y los labios más secos que el afecto de la mejor prostituta que pisó Painted Meadow, el *sheriff* salió sin miedo por la puerta y les gritó con confianza:

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene todo esto?

Tomó la palabra el mesero de la taberna, y sin temblarle la voz le exigió al que hace la ley:

—*Sheriff* Swanson, ¿cuándo piensa hacer algo? No podemos seguir así. Nos moriremos de sed en cualquier momento.

—Tiene razón, *sheriff*... Llevamos aquí mucho tiempo, algunos son descendientes de generaciones pasadas que construyeron aquí su vida... Pero... Si esto continua así, no veremos otra alternativa que marcharnos en busca de un lugar mejor —afirmaba Carol Vernet, rodeando con el brazo a su hijita, quien abrazaba sus piernas.

Todos los demás empezaron a gritar y a repetir palabras tales como «esto no puede seguir así», «no hay derecho», «¿de qué sirve tener un *sheriff*?». Por ello, el comisario se sublevó contra los habitantes, y viendo que no atendían a razones y sus voces se asemejaban a un corral de gallinas, disparó su revólver al aire para poner calma y a continuación exclamar:

—¿Creéis que me agrada esta situación? ¿Creéis que vais a sacar agua a borbotones por mis orejas si venís a recriminarme de esta manera? ¿Qué vais a hacer mañana, ¿apuntarme con un revólver? Y pasado mañana, ¿apretaréis el gatillo? ¡Detesto esta situación tanto

como vosotros, maldita sea! ¡Pero si hay algo que os molesta y no es la escasez de agua, más vale que me lo digáis ahora mismo o de lo contrario marchaos a vuestras casas, porque no pienso tolerar este comportamiento insurgente mientras yo esté aquí!

—¡No veo cómo detesta la sequía si se pasa el día encerrado en su oficina! —le recriminó el dueño de la tienda.

Puede que, en circunstancias mejores, nadie se atrevería a dirigirse de aquella manera al *sberiff*, con semejantes palabras inquisidoras. Pero dada la situación, la gente estaba empezando a perder su paciencia. Ante la acusación del tendero, el *sberiff* se defendió:

—Estoy en esa oficina porque es donde debo estar. Allí me encontraba intentando buscar una solución minutos antes de que vinierais como cabezas de ganado asustadas aquí.

—¿Solución? ¿Qué solución? —gritaban ellos.

Muchos no se creían las palabras del que hace la ley, y con razón sospecharon que el *sberiff* pronunciaba mentiras para que se fueran de allí y le dejaran estar en paz. No obstante, tras unos segundos de silencio, el *sberiff* Swanson gritó:

—¡Nashua! Haga el favor de salir un momento.

Todos se quedaron confusos cuando escucharon al comisario decir aquello. ¿Nashua? ¿Qué significaba? Mientras estas dudas recorrían sus mentes áridas como las paredes de roca que protegían el pueblo por la parte noreste, desde el interior de la oficina se empezaron a escuchar unos pasos, unas botas de tacón, que caminaban pesadas hacia la puerta. De repente, la sombra alargada de lo que parecía ser un oso erguido sobre sus patas traseras hipnotizó el rostro de la muchedumbre. Aquel monstruo hasta tuvo que agachar la cabeza cuando pasó el umbral de la puerta, y dejó boquiabierto a todo el mundo:

—Este es Nashua, y está aquí para ayudarnos.

Todos los que allí fueron sabiendo que el *sberiff* no les ofrecería ninguna solución, quedaron atónitos ante la figura de aquel indio que permanecía inmóvil al lado de Jeffrey Swanson. El nativo podía medir fácilmente los dos metros de altura, su físico era embrutecido y daba la impresión de que ninguna metralla podría atravesar aquel torso semejante a un tocón de secuoya centenaria. Todo su rostro era encogido: su boca, sus pómulos y el mentón, sus ojos... Como si el hombre hubiera pasado toda su vida mirando directamente al sol del mediodía en la áspera meseta del Colorado. Su pelo lacio le llegaba por los hombros, peinado hacia atrás con agua y azúcar para que tuviera una apariencia firme y, aunque era raro de ver, vestía un traje muy elegante propio de un emprendedor que se dedicaba al petróleo y controlaba el comercio de Salt Lake, y no de un nativo que vivía en sintonía con los ciclos de la madre Tierra. Una vez que todos le pudieron analizar con mesura, el tabernero volvió a inquirir:

—¿Y qué planes tiene, *sberiff*?

—Como podéis ver por su aspecto, Nashua es un nativo. Habla poco nuestro idioma, pero tiene una gran reputación encontrando pozos de agua en el terreno. Se ha ofrecido a ayudarnos, eso sí, a cambio de una remuneración.

—¿De cuánto estamos hablando, *sberiff*? —preguntó el señor Gibson, uno de los habitantes.

—No lo hemos decidido aún. Pero antes de que nadie sospeche nada, Nashua ha sido honesto y solo cobrará su salario en caso de que encuentre agua.

Aquello hizo que los ánimos crispados de las personas ahí presentes se calmaran un poco, y hasta se pudo apreciar alguna que otra sonrisa de esperanza entre las mujeres que se encontraban delante de la comisaría. En ese mismo día, cuando el sol estaba en lo alto de la bóveda celeste y sus rayos eran verticales, Nashua comenzó sus prospecciones en las cercanías en busca de agua. Fue acompañado en todo momento por el *sberiff*, y gran parte de la

población, los más curiosos, seguían a Nashua monte arriba monte abajo para observar de cerca su ancestral procedimiento. Según dio a entender el nativo, su abuelo le enseñó una singular técnica para encontrar pozos de agua en caso de necesidad o sequía. Caminaba el indio como si fuera guiado por el humo de una hoguera que olía en el aire. Porque así decía él que podía encontrar el agua: oliéndola con su afilada nariz aguileña. Mientras el nativo caminaba por las tierras rojizas como si estas fueran ascuas que deseaba evitar para no quemarse, Angus Duvall le preguntó en confianza mientras se colocaba a su vera montado a caballo:

—Oiga, Nashua... Usted que es nativo, ¿qué dice su tribu acerca de un lugar verde y fértil cerca de la frontera con el Colorado?

—¿Mi tribu decir qué? —contestó el indio sin dejar de prestar atención al terreno mientras guiaba a su yegua y caminaba a pata.

—Painted Meadow, como nuestro pueblo... Pradera pintada. Flores. Hierba. Tierra fértil. Ya sabe... ¿Existe aquí en la meseta?

—¿Qué? Eso cuento chino. Aquí solo seco y fuego. Poca agua.

—Bueno, tal vez exista en el estado de Deseret, ¿no cree? Más allá de la nueva frontera de Utah, más allá de la frontera de nuestra imaginación. Como un sueño...

—Eso yo no saber. La mía frontera no es misma que hombre blanco —contestaba él desconociendo a qué venía todo aquello.

Angus, junto a los demás hombres presentes, prestaba atención a las palabras del indio como si fuera un pastor religioso impartiendo cátedra. Muchos conocían la leyenda que el abuelo del *sheriff* le había contado acerca de aquel lugar sagrado de los indios paiutes, pero hasta aquel momento nunca tuvieron la oportunidad de interrogar a un nativo sobre el misterioso lugar. Las palabras de Nashua sirvieron de mucho, pues los oriundos del pueblo entendieron que su comisario eligió semejante nombre para su localidad por capricho, pues en verdad aquel lugar fértil no existía en esa tierra donde solo había aridez y desolación.

Pasaron varias horas y el paiute no encontraba nada. Cabalgaron todas las laderas, las paredes de roca, e incluso se adentraron en la meseta para recorrerla en círculos sin éxito alguno. Allá sobre las cinco de la tarde, el indio ya cansado, desistió en su búsqueda y lamentó informarle al *sberiff* y a los demás de que en aquella tierra no había ni ápice de agua. «Yo lo sentir, aquí no agua», aseguraba exhausto el nativo. Los habitantes no se sorprendieron, pues no tenían altas expectativas de que el paiute encontrara agua por arte de magia. Sin embargo, fue bonito para algunos tener unas pocas horas de esperanza, aunque no les condujera a ninguna parte. Como allí no se podía hacer nada más, el indio recogió sus cosas y se marchó a lomos de su caballo hacia la meseta de regreso a sus tierras, sin haber cobrado ni un solo penique por sus servicios, tan solo un plato de comida y una botella de licor por cortesía del señor John Burton para que le saciara la sed de camino a su hogar. Nadie comprendía qué estaba pasando. ¿Por qué se había secado el río de la noche a la mañana?

Capítulo II: Los hermanos Corson

Las preocupaciones de la población se habían acrecentado con la sequía de su apreciado río. Sin embargo, el terror que los hermanos Corson solían causar en la meseta continuaba igual que antes. Tres eran aquellos zafios hermanos que muchos aseguraban eran fruto de la endogamia. Se trataba de los últimos miembros de una familia conformada por diez hermanos que decidió apartarse para vivir ajena al mundo. Con la muerte de sus padres y los otros hermanos a manos de los indios, empezaron a dar rienda suelta a sus instintos salvajes, pues al perder a la única figura autoritaria que conocieron durante sus vidas, las leyes morales y éticas del mundo para ellos ya no tenían sentido. Ocurrió bastantes años atrás, cuando los mormones se vieron envueltos en una guerra con la tribu paiute. Dicha guerra alcanzó la cabaña de los Corson, y por capricho del destino, tres de los hermanos no se encontraban en casa aquel día. Con la muerte del patriarca las abejas dejaron de fabricar miel, el sol viajaba al contrario, y los tres últimos Corson descubrieron un nuevo mundo donde la gula era plenitud, la lujuria necesidad, la ira justicia y la avaricia destino. Cayeron en la cuenta de que no debían nada a los demás, que durante todas sus vidas recorrieron el camino de Dios sin encontrarse con Él, y que en la salvaje Utah ni el Señor ni el diablo estaban presentes; tan solo hombres soberanos.

Los tres miembros de la familia pronto empezaron a considerarse una banda de forajidos cuando el primer delito que cometieron, y del que se tiene constancia, fue la vez que unos colonos

atravesaron las cercanías de su cabaña y desaparecieron sin dejar rastro, aunque sus carros seguían presentes en la granja de los Corson a partir de entonces. Al no haberse encontrado los cuerpos de aquellos hombres, de aquellas mujercitas y niños, la ley nunca pudo aportar pruebas que incriminasen a los tres hermanos. Y para dejar el asunto zanjado, la desaparición fue atribuida a los indios. Pero todo el mundo conocía la verdad.

Incluso otros sinvergüenzas sin carácter se les unieron con tal de tener un techo, un plato de comida, y la figura autoritaria y arquetípica del mayor de los tres hermanos a la que seguir. Así ocurre en la vida, y en el Salvaje Oeste, todo aquel que perdía de vista a Dios necesitaba seguir falsos ídolos. Dicha figura arquetípica era Andrew Corson, el mayor de los tres hermanos, quien ocupaba el puesto de su difunto padre, incluso imitaba sus gestos, como si en un acto de locura, realmente se considerara su progenitor al somatizar su trastorno paterno filial. Y aunque era solo dos años mayor que sus otros dos hermanos, Leonard y James Corson, Andrew actuaba como un auténtico sabio octogenario, a pesar de tener tan solo la edad de treinta y seis años. La manera en la que hablaba, incluso sus gestos faciales y corporales parecían exagerados, pero la falsedad en muchas ocasiones atrae más que lo genuino, y a un grupo de diez bastardos les era suficiente para unírsele y adorarlo como a un padre adoptivo.

Aunque solo tres de ellos eran hermanos de sangre, los trece hombres que conformaban aquella familia eran ya conocidos como los Hermanos Corson. Su fama crecía a pasos agigantados, y cada vez que la noticia de una familia pasada a cuchillo o acribillada a balazos llegaba a oídos de Painted Meadow, los lugareños sabían de inmediato quiénes fueron los perpetradores de semejantes actos. Los trece bandidos vivían en la casa familiar de los Corson, diez millas al norte de Painted Meadow, situada en las altas cumbres de las Abajo Mountains, donde el patriarca Walter Corson consideró oportuno instalarse para vivir alejados de los otros hombres que él tenía por pecadores muchos años atrás.

Los lugareños de Painted Meadow se sentían protegidos por un muro invisible, pues los hermanos Corson nunca pusieron un pie en el pueblo para llevar a cabo sus mezquinos actos delictivos. Resulta que años ha, la madre de los muchachos había fallecido por causas naturales en el pueblo de Painted Meadow cuando se encontraba comprando suministros para la cabaña junto a su esposo y padre de los chicos. La superstición del severo patriarca había alcanzado grados estratosféricos, y si hasta ese momento consideraba a los vecinos del pueblo como personas pecadoras, cuando ocurrió aquella desgracia atribuyó la muerte de su esposa a causas demoníacas. Aquella fue la última vez que un Corson pisó Painted Meadow, y el padre hizo jurar a sus hijos que solo muertos entrarían en lo que para ellos era la «morada del diablo», como solía llamar Walter Corson a la localidad. Pero con la sequía de aquel verano de 1883, como unos buitres carroñeros, los hermanos vieron ese asentamiento en mitad de la meseta como una buena oportunidad para hacer dinero, y poco a poco se aproximaban al pueblo.

A los pocos días de la sequía, mientras Mel Higgins vigilaba sus cabezas de ganado en la meseta junto a sus dos hijos, un perro mestizo de color pardo oscuro apareció de la nada. Se trataba, aparentemente, de un perro sarnoso y hasta desnutrido, incluso sus costillas se evidenciaban en su lomo manchado de barro. No obstante, el can apareció con brío y no mostraba signos de aflicción ni hambruna. Fue alertado por el dueño de las vacas, incluso por los otros dos jinetes. Sin embargo, se tomaron aquella inesperada visita como un divertimento. Mel Higgins se le dirigió entre silbidos y palabras:

—¡Eh! ¡Hola, chico! ¿Te has perdido? ¿Qué haces aquí?

El animal hacía oídos sordos, y no prestaba atención a las palabras que le fueron dirigidas. Correteó como si tuviera una misión, y fue derecho hacia las vacas donde, posicionado frente a ellas, empezó a ladrar como si su intención fuera ahuyentarlas. Se presentó

como un perro inofensivo, pero delante del ganado, el animal empezó a sacar los dientes de manera repentina:

—¿Pero de quién diablos es este perro? —lanzaba Mel Higgins la pregunta al aire, sin que nadie la respondiese, pues el origen de aquel chucho realmente era incierto.

Los hombres lo tenían claro: aquel perro no pertenecía a nadie del pueblo. Hartos de los ladridos que no paraba de generar aquel animal, Paul Higgins le preguntó a su padre:

—¿Le pego un tiro?

—Dispara. Pero no le alcances. Haz que se vaya —ordenó su viejo.

—¿... que se vaya? Le haremos un favor quitándole el sufrimiento a este sarnoso —afirmaba su otro hijo, Lance Higgins.

—Tiene razón, padre. Podría ir al pueblo. Quién sabe a qué niño puede morder, o las gallinas que puede infectar —mostraba conformidad Paul.

El viejo Higgins empezaba a cansarse de escuchar esos ladridos que rechinaban en su oído. No era pecado quitarle el sufrimiento a ese pobre animal, con lo cual el padre afirmó:

—Bueno, está bien. Pero trata de que sea un disparo limpio, en la cabeza a ser posible.

Paul Higgins cargó su escopeta, y cuando estuvo seguro de sí mismo que alcanzaría al perro, con sus pulmones vacíos de oxígeno apretó el gatillo del arma. El muchacho era un avezado tirador, y jamás se le había escapado ni siquiera un coyote en la meseta del Colorado. Pero aquel bastardo sarnoso parecía tener ojos en la nuca, pues esquivó el disparo como si el diablo le apartase de la trayectoria que tenían aquellos cartuchos de escopeta. Ante el fracaso de Paul Higgins, el perro parecía obtener éxito en su, aparentemente, planeada empresa. Pues de ese modo logró asustar al ganado y conducirlo hacia no se sabe dónde. En aquel preciso ins-

tante, tanto padre como hijos se empezaron a preocupar y dispararon los tres a discreción para quitarle la vida al perro de nadie. Sin embargo, el maldito había conseguido mezclarse entre las patas de las vacas y los rancheros tenían miedo de alcanzar con sus balas a una de sus cabezas de ganado. De ese modo, sacudieron las riendas de sus caballos para perseguir al rebaño en dirección sureste hacia un valle al que se estaban dirigiendo, por donde el río San Juan descendía incansable hacia el suroeste.

El ganado bovino llegó en estampida hasta las aguas del río donde se detuvieron de inmediato. Sus dueños pensaron que todo había pasado, y se calmaron un poco cuando las alcanzaron y las pudieron rodear para que no desapareciesen otra vez. No obstante, una misteriosa bala rozó los espíritus de padre e hijos cuando quisieron dirigir sus vacas de vuelta a casa, pues alguien había disparado como aviso desde no se sabe dónde. Se detuvieron en seco, y dio la impresión de que el aire había dejado de soplar, cada animal detuvo su respiración, y hasta sus corazones cesaron de bombear la sangre debido al susto que aquella bala solitaria había provocado. De repente, vieron que cinco hombres les empezaron a rodear, apareciendo por sorpresa con sus caballos desde los matorrales. Después de ellos, otros cinco se dejaron ver en las rocas a la altura de la vista. Y finalmente, tres individuos aparecieron en lo alto de la pared de aquel acantilado. Eran los hermanos Corson, con Andrew en el centro, custodiado por Leonard y James. El astro solar tan solo los mostraba en lo alto de la pared de roca como meras siluetas, pero tanto Mel Higgins como sus hijos supieron de inmediato que se trataba de los hermanos Corson. Aunque tan solo eran tres figuras en lo alto de la pared rocosa y sus rostros no eran identificables, la vanidad en la vestimenta de Andrew se evidenciaba incluso a dos millas, y los hombros hundidos de sus dos hermanos también. El cabecilla de la banda vestía siempre elegante, a pesar de que en su cabaña no hubiera ninguna hembra que limpiara ni planchara sus ropajes. Solía llevar una capa de color rojo que rodeaba su espalda, y un broche de oro la sujetaba en la

parte del cuello bajo su barbilla. Era raro verle con sombrero, pues siempre deseaba mostrar con soberbia su cabello lacio y bien peinado hacia atrás, con lo cual también en aquel momento iba con su pelo al aire. Cuando los dueños de las vacas vieron la situación desde abajo, Mel Higgins reconoció al jefe de la banda al ver aquella capa mecerse con el viento de las altas cumbres:

—Hola, Andrew, ¡cuánto tiempo! —saludó el viejo ranchero.

—Higgins... —contestó el cabecilla de la banda sin mucho entusiasmo.

—Tienes un perro inteligente, chico. Pero más vale que lo alimentes si quieres que te ayude en más robos —afirmaba el viejo Higgins.

—Ya sabes cómo funciona esto, Higgins. Dile a tus hijos que tiren las armas en el suelo, y marchaos de vuelta a la morada del diablo. Del ganado ya nos ocuparemos nosotros.

—Andrew... Has visto cómo se encuentra el pueblo, ¿cierto? Nos estamos muriendo de sed. Y si te llevas dos vacas en lugar de veinte. ¿Qué me dices?

—¿Estás negociando tu destino, viejo? —se asombró el bandido sonriendo.

—No, Andrew. Te estoy pidiendo clemencia.

—¡Padre! ¿Qué estás haciendo? ¡No nos humilles de este modo! —le susurraba su hijo Paul.

Por mucho que les dolía a los Higgins, los bandidos tenían las de ganar. Entretanto, Andrew Corson volvió a ser claro, gritando desde arriba:

—¿Quieres clemencia, viejo? Escucha esto: cabalgad a vuestro pueblo, dejad el ganado aquí, y esta noche podrás decir un padre-nuestro agradeciéndole a tu Señor que te he perdonado la vida, en lugar de una oración de lamento. ¿Qué te parece?

El viejo Higgins estaba dispuesto a obrar como el bandido le dictaba, no obstante, su hijo Paul se dejó llevar por las emociones y abrió fuego con su escopeta intentando darle al líder de la banda.

Su disparo fue en vano, pues la bala no se dirigió por el aire con éxito. Sin embargo, tras su tentativa de dar muerte al forajido, se escuchó otro disparo, proveniente de las rocas, pues un lacayo de Andrew alcanzó el estómago de Paul mientras él todavía tenía su escopeta apuntada hacia el cabecilla de aquellos hombres sin ley. No se pronunciaron más palabras, y aunque Lance Higgins quería responder con otros disparos, su padre se lo prohibió, y entre los dos sujetaron el caballo de Paul para que no se asustara. Preocupados por el estado de salud del treintañero, tanto padre como hijo huyeron hacia el pueblo para poder salvarle la vida a Paul, dejando atrás a su ganado para que los hermanos Corson hicieran con él lo que quisieran. No se escucharon otros disparos, pues los bandidos ya habían obtenido lo que deseaban y Andrew ordenó que dejaran marchar a aquellos rancheros.

Cabalgaron como locos sin mirar atrás, y hubieron alcanzado el pueblo a gritos dirigiéndose hacia la oficina del comisario:

—¡*Sheriff* Swanson! ¡*Sheriff* Swanson! —gritaba el viejo Higgins mientras se aproximaban a la comisaría.

Desde el interior, los hombres de la ley se miraron los unos a los otros preocupados por los gritos que les sorprendieron. Uno de ellos abrió la puerta, y pudieron observar al viejo ranchero junto a su hijo trayendo a Paul en brazos al interior de la oficina:

—¿Qué diablos ha pasado, Higgins? —le preguntó el *sheriff*.

—Los Corson...

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde ha ocurrido?

—Cerca del paso de Las Hermanas.

—Diantres... Higgins... ¿Cuántas veces os tengo dicho que no os alejéis tanto?

—Estábamos más cerca del río, *sheriff*. No pensaba que... Ese maldito Andrew...

—Colocadlo en la celda, ¡rápido! Compton, ve hasta tu madre y tráeme trapos limpios. Cuantos más, mejor. Booth, dile a Burton que te dé dos botellas de licor. Yo taponaré la herida. ¡Corred!

Mientras los ayudantes del *sheriff* se marchaban para conseguir lo que su jefe les había ordenado, el *sheriff* permaneció al lado del cuerpo moribundo de Paul Higgins presionando la herida de bala. En menos de cinco minutos sus secuaces regresaron con los objetos solicitados:

—¡Ese hijo de puta! ¡Ha matado a Paulie! —se enervaba Lance Higgins.

—¡Cálmate, Lance! ¿Quieres?

—Nos ha robado todo el ganado, *sheriff*. ¿Qué haremos ahora? ¡Díganos!

—¡Está bien! Booth, necesito que saques a Lance de aquí. Mel, sujeta a tu hijo por los hombros, ¿quieres? Compton, calienta mis pinzas con la vela, necesito sacarle la bala que lleva dentro.

Parecía que el muchacho no había abandonado el mundo todavía, pues de manera repentina abrió los ojos para pedirle un favor a su padre. De algún modo, el chico sabía que su vida se estaba apagando, por ello solicitó:

—Papá... Me estoy muriendo, papá...

—¡Eh, no digas eso! Aguanta un poco más, hijo. Un poco más. No te vayas todavía —animaba el viejo Higgins a su hijo con besos en la frente.

—Me gustaría que el padre Elijah pronunciase el salmo veintitrés, papá. No quiero irme sin escuchar el salmo veintitrés.

El viejo Higgins levantó sus ojos para mirar al *sheriff*, y este lamentó decirle:

—El padre Elijah solo regresa mañana de Salt Lake...

Acto seguido, el comisario dejó de taponar la herida cuando su ayudante por fin le había ofrecido las pinzas esterilizadas. Tras

echar un chorro de licor sobre el vientre de la víctima que no dejaba de sangrar, el hecho de que Mel sujetara los hombros de su hijo se volvió innecesario, pues el pobre Paul se había quedado inconsciente. La situación era tensa, y el padre del chico pronto empezó a desesperarse:

—¡Rápido, *sberiff*, saque esa maldita bala, se lo ruego!

—¡Cálmate, Higgins! Estoy haciendo todo lo posible por ayudar a tu hijo. Por si no te has dado cuenta, no soy médico.

Dicha situación había sacudido el poblado entero. La alegre música del piano que se escuchaba desde el interior de la taberna se había detenido por completo. La vereda principal pronto empezó a llenarse de gente curiosa que esperaba con ansias conocer qué destino había sufrido el pobre Paul Higgins. Mientras su hermano Lance se encontraba en las afueras de la oficina custodiado por el ayudante del *sberiff*, no paraba de morderse las uñas pensando en lo que había sucedido. No sabía cómo actuar, si hacer justicia por su mano e ir a por los Corson, o esperar para ver a su hermano abrir los ojos nuevamente.

Con muchos nervios, la bala fue extraída del vientre. Limpiaron la herida y vendaron a Paul. Y entre lágrimas, el viejo Higgins recitaba sujetando a su hijito en brazos:

—El Señor es tu pastor, hijo... Nada... nada te falta —decía el ranchero llorando—. En verdes praderas te hará descansar... Te conducirá hacia fuentes tranquilas, hijo mío, y reparará tus fuerzas. Te guiará por senderos de justicia, por amor a su nombre, aunque camines por valles de tinieblas. Nada tienes que temer, porque Él va contigo. Su vara y su cayado te infundirán aliento, ya lo verás... Te preparará un banquete en frente de tus enemigos... te unguirá la cabeza, y rebosará tu copa. Su bondad y su misericordia te acompañarán todo el tiempo, y habitarás en la casa del Señor por siempre, hijo, amén... Espéranos a todos junto a mamá, ¿de acuerdo? Te quiero, hijo mío. Y te echaré mucho de menos.

Paul nunca más volvió a abrir los ojos. Y pasó que, a los diez minutos de aquello, el viejo Higgins salió de la oficina del *sberiff* con su hijo menor en brazos, mientras sus lágrimas se precipitaban mezclándose con la sangre que había manchado el vendaje innecesario colocado por el *sberiff*. Lance se les acercó, y sin mirar a su padre, acarició la cabeza de su hermano y luego besó su frente, mientras él tampoco podía contener las lágrimas que manaban sus ojos. El apagado Mel Higgins caminaba con su hijo en brazos por el pueblo ante las atentas miradas de los vecinos que se apartaban para dejarle paso. Cuando el *sberiff* hubo salido al porche, manchado con la sangre de aquel al que no pudo salvar, Lance se fue directo a él para increparle:

—¿Qué va a hacer ahora, *sberiff*? ¡Tenemos que ir a por esos bastardos! ¡Tenemos que ir ahora! Siempre supe que algo así ocurriría, pero nunca me hizo caso. Y ahora mire...

—Lance... No envidio por lo que estás pasando... Pero esos muchachos deben de estar ya por lo menos a un día de distancia, buscando vender el ganado que os ha robado.

—¡Al diablo el ganado! ¡Quiero que paguen por la muerte de mi hermano, *sberiff*!

—Y lo harán, Higgins. Tienes mi palabra. Pero no voy a salir tras ellos en mitad de la noche para pasarme días buscándoles por todo el estado. Por si no te has dado cuenta, sus retratos ya están dibujados en papel y se ofrece una buena recompensa por todos y cada uno de ellos.

—Todo lo que dice el comisario es cierto, Lance —añadía el ayudante del *sberiff*.

—Usted ha estado en combate, sabe seguir un rastro, *sberiff*. ¿Por qué no salimos tras ellos? —continuaba Lance Higgins con sus intenciones de venganza.

—Está bien, muchacho. Hazme caso a lo que te voy a decir. Esos malnacidos se dirigen en este momento al sur probablemente, con la intención de vender el ganado. Dejemos que lo hagan. Cuando regresen con los sacos llenos de dinero, se pegarán un

gran festín en su cabaña. Estarán más borrachos que una cuba, y será un momento ideal para atraparles.

—De acuerdo, *sberiff*. Me ha convencido. Pero no irá a por esos bastardos sin mí. Saldremos al amanecer.

—Quizás debas recapacitar antes de dar órdenes al comisario del pueblo, chico —le amenazaba otro de los ayudantes del *sberiff*.

—Está bien, Booth —le sosegaba el comisario—. Iremos, pero no al amanecer. Primero tienes que despedirte de tu hermano, ¿no te parece?

Cierta parte de esperanza se desvanece en el mundo con la muerte de cada ser humano joven. Los hombres asumen la muerte de los ancianos que han ofrecido todo lo que tenían por ofrecer. Pero parte de nuestros sueños mueren cuando nuestro hermano lo hace, y lamentamos profundamente su marcha al otro mundo como si fuéramos nosotros mismos los que nos hubiéramos ido. Es cuando nuestro prójimo deja el mundo cuando sentimos las manos de la muerte sujetando nuestra cintura para inclinarnos al precipicio de sus intenciones, mostrándonos cuál pudiera ser nuestro destino. Y tras dar sepultura a nuestro hermano, nuestros asuntos legales con la muerte quedan relegados en segundo plano, y la mirada nuestra la apartamos tanto del precipicio desconociendo que en verdad nunca dejamos de caminar por su límite, e ignorando, que en cualquier momento podríamos resbalar si la muerte decidiera dejar de sujetar nuestra cintura. Aquella noche finalizó con la música del piano resonando en todo el poblado cuando el suspense había desaparecido y todos conocieron el destino que sufrió Paul Higgins, pero la melodía ya no era alegre, pues incluso los ángeles del cielo lamentaban la muerte de aquel pobre joven.

